

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa de la Decanatura Cultural, de la Universidad Externado de Colombia, cumple quince años (2003-2018) de publicaciones, mensuales, gratuitas e ininterrumpidas, con publicaciones entre 8.000 y 10.000 ejemplares por título. Durante este tiempo hemos promocionado poetas consagrados, desaparecidos y nuevos valores colombianos del género, como también, latinoamericanos, clásicos españoles, franceses e italianos. En esta ocasión y durante el 2018, nuestro propósito es publicar jóvenes poetas colombianos e hispanoamericanos, nacidos entre 1975-1990, para mostrar la nueva joven poesía universal.

La Colección aparece en ediciones bellas y económicas, que se distribuye gratuitamente, a los suscriptores de la revista *El Malpensante* y se obsequia en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, cárceles, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Este año 2018 alcanzaremos el n.º 150 que será una selección poética para niños.

Destino. Antología es el poemario n.º 142, cuyo cuidado y selección estuvo a cargo del mismo poeta y novelista salvadoreño, Jorge Galán, Premio de la Real Academia Española y Casa de América 2016.



N.º 142

JORGE GALÁN

Destino
Antología

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
DECANATURA CULTURAL
2018

ISBN 978-958-772-

© JORGE GALÁN, 2018

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2018

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia

Tel. (57 1) 342 0288

dextensionc@uexternado.edu.co

www.uexternado.edu.co

Primera edición

Febrero de 2018

Imagen de carátula

Destino, por Luisa Rivera, acuarela 23 x 30 cm.,

octubre de 2017.

Diseño de carátula y composición

Departamento de Publicaciones

Impresión y encuadernación

Editorial Nomos S.A.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Consulte nuestros poemarios publicados durante 15 años en:

www.uexternado.edu.co/unlibroporcentavos

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Juan Carlos Henao
Rector

Miguel Méndez Camacho
Decano Cultural

Clara Mercedes Arango
Coordinadora General

LUISA RIVERA es una artista e ilustradora chilena que actualmente reside en Londres. Ha publicado cinco libros ilustrados, incluyendo la edición aniversario de *Cien años de soledad* por Penguin Random House Grupo Editorial en 2017, y ha trabajado con clientes como *The New York Times*, *O The Oprah Magazine*, *Lumen*, *Variety*, *Air Canada*, *Oxford American*, *Reservoir Books*, entre otros.

Además, su trabajo ha sido exhibido y seleccionado por publicaciones tales como *Latin American Ilustración*, *Creative Quarterly*, *Diccionario de Ilustradores Iberoamericanos*, y *3x3 The Magazine of Contemporary Illustration*.

CONTENIDO

- El viaje [9], La alacena [11],
Toque de queda [12], Primer día de clases [13],
El juego [14], Infancia [15],
El muchacho detrás de la ventana [16],
19 [18], El retrato [19], Aquí [20], Race horse [21],
Las palabras exactas [23], El olor del café [25],
Ojos cerrados [26], El retorno [27],
El monólogo de la anciana sin rostro [30],
Lo perdido [32], El azar [33], Tarde en la noche [35],
Golpe de viento [36], El marino [37],
Miniatura asombrosa [38], Romero [40],
Una vida [42], Despedida [43], La línea [45], 21 [47],
La anciana junto al ventanal donde comienza el cielo [49],
El camino del frío [50], Big Bang [52], El viajero [53],
Al lado de todas las cosas [55], Habitante [56],
La madre [58], Invisible [60],
Mañana de noviembre [62], La herencia [63],
El hombre en la tempestad de la tarde [66],
A través de la niebla [68], El chico de la cruz verde [69],
El sonido [71], Nación [73], El ruido del otoño [75]

EL VIAJE

El sonido de las cigarras es propicio para este viaje.
El frío baja a los pinos como la ancianidad al cabello de un hombre:
una belleza blanca sin densidad alguna.

El mundo se aleja y se acerca.

La ciudad se va volviendo un bosque,
y el bosque, una ciudad inusitada.
En la noche los árboles emanan su propio miedo.

Aunque todos duermen, nadie en realidad duerme:
Los seres cohabitan en una alerta cotidiana.

De perderme, al principio sería solo un niño perdido,
pero poco después sería un hombre guiándose por la luna.

En lo terrible es que se aprende a ser terrible.

Hay algo aquí muy joven
pero también hay algo muy antiguo.
El principio del mundo ha besado estas piedras.

El deterioro aquí es continuidad.

La muerte no existe porque de alguna forma solo la vida existe.
Cuando se ha visto lo que he visto se entiende lo genuino.
Del deterioro ha surgido la niebla
que hace posibles las siluetas que observo.

Todo posee cierto brillo y cierto sabor distintos,
incluso lo distante posee una sustancia diferente,
incluso lo inmediato.

La fineza del polvo da cuenta de los seres
que han pisado este mundo.

LA ALACENA

Había una alacena llena de frascos con conservas
y me dijiste Lluvia, es la lluvia de
trescientos inviernos. Tomé uno,
respiré la eternidad de un día de 1920
y me abrazaste y el viento de entonces
volvió a agitar un mechón de cabello. Y solos,
tan solos como nos recuerdo de niños,
apagamos la inmensidad y encendimos la luz,
y la lámpara brilló en el aire
como un pequeño grito blanco.

TOQUE DE QUEDA

A las seis las calles se vaciaban y aún antes de la noche
venía el murmullo de la sombra,
y no sé ya si era verano o invierno, pero el frío
venía desde todos los sitios y se metía en las gargantas
y nos hacía hablar más bajo, con temor,
como lo haríamos solo para nosotros mismos.
En la tarde jugábamos al fútbol o al béisbol.
Por la noche lo único que podíamos hacer era jugar al escondite,
en la penumbra, buscando en el silencio la salvación.
El cerro en esos años era un sitio de cuevas:
alguien o algo se escondía ahí. Cerca de medianoche
me levantaba y caminaba entre los cuerpos que dormían
tirados en el piso, salía hasta la sala, abría la ventana,
y asomaba mi único ojo con valor hacia la oscuridad,
entonces podía ver lo que había bajado desde el cerro,
esa niebla donde habitaban hombres.
El brillo de sus fusiles y sus cuchillos era solo un murmullo.
El sonido de su respiración era el eco del mar que apenas recordaba
y lo que murmuraban los árboles era también una plegaria.
Nadie podía verme, pero no me atrevía a estar de pie.
Arrodillado, miraba mucho tiempo, hasta que volvía una mentira
todo aquello que pasaba ante mí, algo irreal como el recuerdo
de un sueño despiadado sucedido hacía mucho.

PRIMER DÍA DE CLASES

Debió de ser febrero cuando vi a aquellos hombres salir disparados como los dados lanzados de una mano sin suerte para caer sobre la grama seca de la gasolinera.

Venían en un camión largo y oscuro, en la parte de atrás, justo donde les golpeó el autobús.

Yo estaba parado en la acera del parque junto a su enorme puerta cerrada, y esperaba.

Atrás de mí los árboles siseaban y el occidente se extendía como un mar rojo en los cristales de una estación de trenes clausurada hacía mucho.

Dos caballos negros recorrían una pista de polvo.

El parque estaba cerrado y ya no sé si era demasiado temprano o demasiado tarde,

pero yo esperaba el autobús parado en una acera cuando escuché aquel estallido y me volví para mirar lo que el mundo tenía entonces para ofrecerme, aquella escena que me hizo decir esa palabra que ya no sé cuál es y que no tiene caso recordar, justo cuando los que habían quedado en el camión sacaron sus armas y dispararon a todo aquello que quedaba, a los rostros que jamás pude ver, a los cuerpos que no pude asir o palpar o abrazar. Me quedé quieto. Estaba demasiado cerca.

¿Fueron gritos o aplausos lo que oí? ¿Qué fue lo que caía?

¿Era acaso el íntimo ruido de las hojas lo que alcancé a escuchar?

Mi alma era todo el invierno que estaba por venir.

Debió de ser febrero y debí tener siete u ocho años, no lo sé, pero sé que entonces fui una sombra que atravesó la niebla.

EL JUEGO

Sucedió al final de la tarde, era invierno, el arroyo era un cuerpo cuyas manos a nada podían aferrarse: quería detenerse, pero el limo era demasiado liso y resbalaba. Se iba sin decirnos adiós, mirando siempre hacia atrás. Mis amigos y yo estábamos subidos en un árbol y entonces la vimos aparecer sin comprender de dónde venía. Por un instante creímos que había emergido de las aguas. Era tan blanca que lo que la cubría podía ser agua y no piel, o podíamos, incluso, estar mirando solo su alma. Corrió chapoteando por el arroyo, sus muslos eran peces, salmones de plata que saltaban contra la corriente: se dirigían en dirección al viento. Su cabello, una vela inflamada. Su cuerpo, un navío de hielo. Quisimos que nos viera, pero ella no volvió ni pudimos llamarla: la belleza se había vuelto una mano sobre nuestras bocas. Unos segundos más tarde se perdió rodeando la colina cercana y un instante después vimos a las tres sombras que eran aquellos tres hombres que corrían tras ella... y la noche cayó de nuestros ojos.

INFANCIA

Esta semana hubo algunos golpeados
y solo algunos muertos, nada que debiera asustarnos.
Estamos acostumbrados a la sangre.
De niños, los bosques eran demasiado oscuros para acercarse.
La plegaria en familia era solo el inicio de la noche.
Y nada era demasiado asombroso:
una ocasión alguien halló una mano en la hierba.
Poseía un anillo de bodas. Era de oro.
Aunque buscamos el cuerpo no pudimos hallarlo.
Fue un día de noviembre, lo sé porque la luz era más clara.
El viento era uno más de nosotros, tan joven
como un lobezno que sale por primera vez de su cueva.
Todo era natural, cotidiano, incluso aquel olor
que entonces confundí con el aroma del oro,
metálico, poderoso, lleno de vida.
Habíamos hallado un tesoro. Un anillo, una mano.
Algo para guardarse en un cofre bajo la cama.
Los días de la infancia, amables
a su extraña manera.

EL MUCHACHO DETRÁS DE LA VENTANA

Ahí donde crecí, en ese sitio
bajo el techo de zinc, a la orilla
del río que era una respiración a media noche,
nadie me habló de la primavera,
de las colinas hechizadas como una mujer
tendida sobre la hierba tibia, rodeada de setos
o de arces, colmada por el aroma
de lo bienaventurado, y su falda de diez tonos
y su cabello rojo y azul y sus ojos azules también
y su piel blanca como el perfume de la plata
recién tomada de la piedra.
Nadie me habló tampoco de la nieve
que cae sobre los campos
semejante a un pedazo de pan blanco
desmigajado sobre una sopa.
Nadie me habló ni del marino ni del hada
ni de los nidos que cuelgan
entre el follaje como argollas,
ni de la brisa que, de octubre a diciembre,
hace de las ramas delgadas sus repentinos látigos,
y no puedo decir que hubo necesidad
de hablar sobre estas cosas
pero sí hubo necesidad de hablarme de la muerte,
de esa sombra que cae como una luz extraña,
más densa, casi húmeda, inquebrantable,
inviolada, oscurísima, semejante a la piel del universo,
igual de inmensa y fría, y hubo necesidad
de mencionar el miedo, esa piel más enorme,

y de dónde venían esas viejas campanas,
de qué torres hundidas al final de la niebla,
y todas esas aves que eran solo siluetas:
alas que no son alas, picos que no son picos,
graznidos que se elevan por lenguajes nefastos,
y la sirena, el grito
que emerge de la noche para colmar la noche,
la mano en la garganta, el silencio más tarde...
Sí hubo necesidad, pero nadie me dijo ni una sola palabra
de aquello que se ha vuelto cotidiano
y por ello todo lo que aprendí
lo hice a través de lo vivido y lo negado a vivir,
de la visión que se dejó palpar por una mano fría
—mi propia mano, erizada, repleta de temblor—,
del olor nauseabundo que se eleva del cuerpo estremecido,
de la sombra, del grito, de la textura del gemido,
del ruido que producen los labios al cerrarse...
Nadie me habló jamás de las cosas lejanas o inmediatas,
hermosas o terribles,
así como tampoco nadie me dijo el nombre
de esas flores pequeñas, casi insignificantes,
que nacen en los viejos tejados de esas casas
donde ya nadie habita...
De pronto pensé en ellas
como pensé en noviembre como pensé en las lluvias
como pensé en el viento colmando los cabellos
de no recuerdo quién...
No importa quién...

¿Qué recuerdo de todo aquello?

nada que no fuera un puñado de luz
lanzado a la pared, esa pintura inimitable,
esa pequeña tempestad que imitaba el sonido
de un beso en la mejilla,

y el humo de las ollas
como una ciudad de chimeneas el día sábado,

las hortalizas en el suelo de la cocina,

el sonido del mar en el baño al tirar la cadena
y pequeños búhos que caían de los árboles
igual que trechos de otoño arrancados
como las hojas de un cuaderno,

eso y algo gris en la tarde, y voces
que no se atrevían a decirme lo que pasaba.

Era una vida de sillones mullidos.
El sol podía tomarse con la mano de los andenes
y echarlo en las macetas.
Los gallos solo cantaban al anochecer
y por eso dormíamos dando la espalda al cielo.

Y recuerdo también la informe e inútil
y terrible y enorme felicidad
de los primeros besos, en esos años nuestros
cuando era tan frecuente y tan fácil
enamorarse para siempre.

EL RETRATO

No veía sus manos ni el cuchillo que sostenía,
ese brillo que era semejante al sonido
de una tormenta de nieve vista desde muy lejos,
el ruido de lo inmensamente blanco.

Tampoco veía los restos de manzanas que cubrían sus pies,
ese color destruido que subía a sus labios
que se abrían a punto de pronunciar una palabra
que era el nombre verdadero del mundo.

Dos instantes de agua tocaban sus orejas.
El cabello repartido sobre la frente
dividía en dos ecos el sonido de una ventana
que se abría, y en medio de la ventana,

una mancha de luz,

un retrato pintado durante miles de años
por los artistas de la humanidad.
La belleza depurada a través de millones de anteriores retratos
hasta llegar a la línea invisible, a la total imagen.

AQUÍ

Estás aquí, observa:
este hueco en la tierra es el inicio,
escucha las voces que nacieron
hace miles de años
y se han transformado en todo lo que cae.

Mira lo que hay detrás
de todos los seres, observa
la oscuridad al fondo,
nota que no es distinta
a la inmensidad sin estrellas.

Tiende la mano y siente la tibieza
de la primera eternidad.
Tampoco eres distinta.
Estás aquí y te muestro un hueco en la tierra,
y piensas, lo sé, que no digo nada
que pudiera ser importante,
y me miras como se mira
la última nevada de un marzo inusitado,
y me sonríes como se sonríe a los moribundos,

pero yo vuelvo a mostrarte el hueco en la tierra
y vuelvo a hablarte de la oscuridad
como si te revelara el origen del frío

o el motivo del graznido del cuervo
o dónde caerá la terrible gota de lluvia
que lo desbordará todo.

RACE HORSE

Para Roxana Elena

Y mira tú, muchacha, de quién viniste a enamorarte,
a quién viniste a amar para toda la vida,
a quién decidiste no olvidar:
es un caballo de carreras, ese muchacho
es un caballo de carreras
y corre siempre junto a la barda colmada por espinos
y sus músculos inflamados
siempre a punto de reventarse.
¿Quién lo conduce?
Sus estribos son ríos a los cuales muerde
para intentar romper.
Sus ojos ven un horizonte de fuego
al que no puede dejar de dirigirse.
Sus cascos son de un cristal incorruptible
que aniquila a la piedra.
Su crin es el viento azotado por el relámpago.
Una tormenta tiene donde debió tener un breve corazón,
una tormenta a la cual teme incluso el invierno mismo.
Su imaginación es la misma que la de la montaña
y la del grito que corta el silencio
de la montaña desolada.
No es de fiar.

¿Quién confiaría su alma a una tormenta?
¿Quién brindaría su piel al cuchillo de fuego
o su voz al silencio de la flauta quebrada por el odio?
Y mira tú, muchacha dulce,
te abriste como un cofre
lleno de perlas que parecían brotar
de la luz misma
y él ni siquiera pudo notarlo, él es un caballo de carreras
y no le importa ni la ciudad
ni el camino que lleva a la ciudad
ni las joyas ni un cuello lleno de joyas
ni un cofre lleno de joyas,
solo le importa el bosque y el campo abierto
y la playa interminable
pero sobre todo la pista, esa pista de grama, arena y piedra,
y mira tú de quién viniste a enamorarte
a quién quisiste guardar en ti como un corazón nuevo
a quién quisiste abrazar hasta perder los brazos
a quién quisiste mirar hasta cerrar tanto los ojos
que no consigues ya observar la dicha.
Mira tú, muchacha linda, a quién quisiste amar,
a un obstinado caballo de carreras
cuya pista es el mundo.

LAS PALABRAS EXACTAS

Diez millones de puertas acaban de cerrarse.
Un millón de palabras se acaban de decir.
Un millón. Una sola. El mundo se mueve,
los ríos entran en la garganta de leones y antílopes,
el niño crece, se reduce el anciano,
la sangre se abre paso a través de una piel joven,
hogueras enormes se encienden en el este,
se inclinan los árboles por el peso de la nieve en el norte,
las focas avanzan como astillas
que penetran la espalda de las aguas glaciales,
y un hombre se arrodilla y utiliza palabras temblorosas
para decir una oración, nadie le escucha,
y él mismo no comprende lo dicho.
Es así y todo avanza. Los días se repiten
como el estribillo de una canción
y lo que cuenta ya ha sido contado antes.
El pasado dio un paso y me alcanzó.
La antigua constelación ha llegado por fin
a la pupila del astrónomo.
Y aunque todo lo que partió de mí
ha regresado a mí de muchas formas distintas,
nada puede explicarme ese rumor
que avanza en lo subterráneo

como una colonia de hormigas
que crece a través de lo que devora.
Nadie puede explicarme tampoco este instante más grande
ni puede darle un nombre a esta escena de siluetas
que crecen en el polvo.
Un millón de ventanas acaban de cerrarse
y otro millón de abrirse.
Sobre esta calle larga camino. Nada existe
de lo que me rodea. El mundo es una sombra
que envuelve mi cabeza.

EL OLOR DEL CAFÉ

El olor del café viene de abajo, de ahí donde un perro ladra a la oscuridad. No hay nadie ahí. Las aves no han vuelto con la tarde. Oscurece.
El frío suelta sus trineos y bajan por los techos veloces como palabras oscuras a través de los bordes de una lengua. Las calles, como ríos que se volvieron látigos debido a la sequía, se estrellan en la espalda del viento. De lo que debía venir nada viene, salvo el aroma del café que me hace pensar en la otra casa, en el olor de la vainilla, en el lujo de unos zapatos nuevos, y el dolor que crecía para todos nosotros como una gran penumbra y a toda la oscuridad de esa penumbra, a todo eso vuelvo a través de esta inútil memoria, cuando veo sin quererlo hacia atrás, hacia el centro de ese paisaje de árboles raquíticos donde no queda bosque. Ahí donde las épocas del mundo se volvieron memoria de la dicha para dejarnos solos.

OJOS CERRADOS

A ti también, ingenua, a ti también te he visto
y tu rostro no era tu rostro sino el rostro del miedo,
y me veías como si estuvieras viendo una tempestad,
como si, parada en la lejanía de un valle,
vieras venir hacia ti, hacia tu cuerpo delgado
como un goteo continuo de miel tibia,
una estampida de búfalos sometidos acaso
por un miedo más hondo,
y vi tus labios trémulos a causa de palabras no dichas,
y mis labios, trémulos también, a causa de aquello
que no he de decir nunca,
te he visto, ingenua, a ti también te he visto
y me miraste como mira el vidente la imagen terrible
y no dijiste nada de lo que debías decir
y te alejaste como se aleja todo aquello
que ha de migrar al sur en el invierno...
y el invierno era yo.

EL RETORNO

Con el corazón aplacado, vuelvo siendo llovizna,
lento como el lenguaje de los árboles,
pero no vuelvo como viniese un hijo pródigo
sino como el viento salino del norte o del sur,
alisando la arena con una nueva mano
como el niño que alisa la melena del león
y no siente miedo porque desconoce aquello que acaricia.
El desierto besó mis pies con sus innumerables labios,
sus alacranes prosperaron entre mis dedos,
bajo mi lengua aún persiste una cicatriz de lo que fue ese sol
que pasó de la niñez a la vejez en una sola noche inexplicable,
los cactus florecieron sobre mi espalda,
sus agujas me parecieron suaves como el pico del colibrí,
sus serpientes me rodearon al final de la noche,
rocé sus escamas como quien pasa su mano sobre el fuego,
su siseo no era el siseo de los árboles
sino el de quien susurra un secreto terrible.
Sé que las piedras no olvidarán mi rostro pues también fue su rostro.
Y luego del desierto fue el bosque, negro en la tarde,
sombrió en la madrugada, pero fresco y amigable en las horas de luz.
Y luego la montaña y más tarde otra vez la marisma
repleta de cangrejos y conchas semejantes a monedas de plata
y las gaviotas arriba, suicidas, hundiéndose en las aguas,

y lo que creí era la canción de las ballenas,
que venía en la madrugada, cuando el silencio era más hondo
y el océano parecía querer contar viejas historias,
pero todo pasó y ahora regreso a esta casa, a este centro
del frío, a esta ciudad, a las costumbres que una vez aprendí,
cuando niño, rodeado de penumbra, en el desván
desde donde escuché un solo estallido
repartido en cientos de miles de estallidos
en esos años nuestros cuando la guerra se volvió nuestra madre
y nuestro padre y nos alimentaba y bautizaba en sus aguas oscuras,
casi sin darnos cuenta, porque el horror entonces no era horror
sino algo parecido a una emoción más enorme.
Y ahora camino a la orilla de este estanque lleno de peces,
esta frontera que separa lo venidero del pasado,
una vena inflamada por el invierno,
y veo mi rostro reflejado en el agua, uno más con los astros,
uno más con las ramas que parecieran asomarse
como tímidas niñas que casi no se atreven,
y ya no sé qué es lo que viene, pero sí sé que el agua es fría
y que hacia el norte veo una cordillera de cerros nevados
donde el ciervo y el viento parecieran tener la misma descendencia
y donde el lenguaje del pino no es distinto al sonido de la flauta
y donde el hogar del oso y de la liebre es semejante
a aquello que los hombres olvidaron un día.

Regreso de todos los puertos destruidos por el agua,
de todas las ventanas que arrancó el huracán,
de todos los mantos que no fueron tocados por la mano que resultó
muy corta,
regreso como el ojo del pez que se da cuenta que lo que observa
es una inmensidad inusitada,
pero no trato ya de pronunciar lo que no puede ser pronunciado,
solo dejo mis manos sobre las aguas frías
y siento lo que solo uno que está vivo puede sentir:
lo que no se detiene, lo que irremediabilmente avanza,
lo que sin duda fluye...

EL MONÓLOGO DE LA ANCIANA SIN ROSTRO

Atravieso la penumbra, entro y me encuentro sola.
¿De dónde vengo? Regreso de la noche.
Voy siempre hasta algún sitio, pero no consigo llegar
y aunque camine todo el día y día tras día
ni siquiera estoy cerca.
Y sin embargo he ido demasiado lejos.
Los árboles se secan, atrás de mí las piedras
abandonan el muro, la muralla o la torre y se vuelven vulgares,
pierden significado, vigencia, orgullo, toda
magnificencia o brillo
y parecen muy poco, quizá no más que lágrimas
o palabras no oídas
y que ya no poseen ningún significado,
pero vine tan lejos y quisiera leerlas y quisiera escuchar
lo que la noche interminable les escuchó decirles,
la noticia olvidada del olvidado imperio,
pero no escucho nada, como ya he dicho antes
he ido ya muy lejos. Ya demasiado lejos.
Vine aquí a buscar la luz que creí ver en el horizonte
pero el horizonte aquí no existe
y la única luz que veo es la de un ojo que se cierra.
El frío me rodea, pero yo vine aquí para tener esperanza.
Y sin embargo estoy cansada.

Cada día es una muerte distinta.
Los estanques ya no reflejan mi rostro
sino una imagen decrépita sin nombre y sin fe.
No podría mover una montaña y ni siquiera podría levantar
la tan nimia semilla de mostaza o la gota de llanto.
Solo el viento es capaz de abrazarme.
Y lamento tanto que vine hasta aquí para tener esperanza.
A este sitio tan lejos de mi principio como de mi final.
A esta nada que ya no sé si trato de alcanzar
o dejar en la perenne huida.
Estoy perdida. Y sé que estoy perdida.
Mi nombre es el silencio que pronuncian las piedras.

LO PERDIDO

Si abro los brazos y entonces corro
a través de una calle, una colina
o en medio de unos árboles,
mi corazón se inflama, no de emoción
sino de enfermedad. ¿Es eso envejecer?
La lentitud se vuelve una mujer
que abraza nuestras piernas.
Tan mínima al principio,
se torna más robusta cada invierno.
La golpeamos, pero jamás se queda atrás,
se vuelve otra madre
y jamás podemos deshacernos de ella.
Entonces la muerte es una silueta
al final de la calle una mañana.
El temblor en la mano dibuja esa silueta
en la región del aire frío.
Los orinales son motivo de odio.
La individualidad detesta a las amables enfermeras.
¿Qué pensaríamos del sol si necesitara
una o dos estrellas o incluso tres para encender el alba?
¿Acaso no nos compadeceríamos de él?
¿Acaso no dejaría de parecernos espléndido?
Nos parecería solo una mancha amarilla en el cielo,
casi como un llanto,
y entonces hablaríamos de otras épocas
y diríamos, con pesar y orgullo,
que alguna vez fue algo terrible.

EL AZAR

En las cortinas el viento elabora palabras delicadas
y es como si a través de la seda se volviera visible lo invisible.
La ciudad se ha reducido a un murmullo lejano.
El día es gris. La calle se ha tornado más larga. Volteo
y la veo andar como si nada sucediera,
como si todo fuese cotidiano, como si su espalda y mi boca
hubiesen pronunciado discursos semejantes.
Ella no me presiente. Me confunde
con la brisa sombría que baja desde el frío, no voltea,
no mira la silueta que atrás, en la ventana,
retrocede hasta un sitio repleto de temblor y de invierno.
Ahora vemos pasar una misma paloma sobre los mismos autos.
Escuchamos un trueno lejano. Bajo el trueno, la lluvia.
Su rostro es como el alba que aún observa el hombre primigenio:
algo sin nombre, puro
como solo puede serlo el primer asombro.
De pronto se detiene. Se inclina y sus duras pantorrillas,
blancas como conejos muertos blancos,
me muestran el brillo de algo largamente deseado y no alcanzado.
¿Qué se detuvo a recoger? ¿Qué sostiene en la mano y observa
como quien observa la fotografía encontrada mucho después,
en un cajón perdido, de alguien que ha sido muy amado?

Ya camina otra vez. El día es gris. Se dirige al poniente,
ese sitio implacable donde todo concluye y donde toda
medida de la luz llega a enfrentarse con la sombra.
La veo marcharse calle arriba como quien ve su propia alma
abandonar su cuerpo y ascender y perderse.
¿Por qué no dije nada cuando sé exactamente
lo que debí decir? ¿Cuántos años de espera me acompañan?
El azar o el destino abrió frente a nosotros caminos diferentes.
La he esperado durante mucho tiempo.
Una mano de niebla ha destruido en mi boca toda palabra única.
Su nombre es ese frío que baja en mi garganta.

TARDE EN LA NOCHE

Es tarde en la noche, una noche cálida,
y no hay mucho que hacer salvo escuchar:
la lejanía está llena de estallidos inofensivos.
Desde aquí veo un valle silencioso,
la ciudad silenciosa
donde nada terrible podría suceder,
llena de aves como palabras breves, susurros
donde la brisa se prolonga, y la noche, aún más lenta,
se disemina sobre todos los techos
como la miel adulta sobre un pedazo de pan duro,
sin penetrarle realmente.
La ciudad que es y la que observo
desde esta lejanía, no pueden ser las mismas.
Lo que veo es un alma envejecida,
iluminada por relámpagos,
pero incapaz de recibir la lluvia y limpiarse.
Es tarde en la noche,
espero una tormenta o la llamada de alguien
pero esa llamada no va a llegar,
lo sé y no sé cómo lo sé,
solo lo sé, pero el desierto esperará la lluvia siempre
y la piedra el cincel que la convierta
en algo indiscutiblemente humano y maravilloso.

GOLPE DE VIENTO

¿Qué sucedería si el mar no llegase a la playa
y en lugar de avanzar retrocediera
o si a los árboles solo llegase el otoño
y no la primavera y por tanto el tiempo de florecer,
cuando la pulpa llena lo vacío
y la dulzura se antepone a la nada?
¿Qué sucedería si, de pronto, en un golpe de viento,
se cerraran todas las ventanas
o si la lluvia dejara de llegar
o si el río que se aleja de las montañas
se detuviese al menos un instante
o si el alba se convirtiese en una memoria de otros días
o si el canto del pájaro se extinguiese
y el pájaro mismo dejara de venir
y el cielo se convirtiera en una tumba interminable?
¿Qué sucedería si todo aquello
que damos por sentado cesara
y la cigarra y el sonido de la cigarra
no viniera ni en marzo ni en abril
y todo lo conocido se volviera desconocido?
Nada nos pertenece.
¿Quién podría decir: lo he tomado en mi mano,
he tomado al viento del norte en mi mano
y permanece aquí?

EL MARINO

Parado en la borda, sobre mí, los albatros:
sus gritos como una lluvia estridente.
He dejado atrás trescientas islas:
migajas que cayeron de una mano monumental,
invisible por su propia grandeza.
Mil naciones antiguas son el horizonte,
también un brillo que se disipa,
el borde de una copa llena de luz.
Mi paz es el sonido del oleaje en la noche,
esa quietud que jamás cesa, ese baile
que ha dado otro ritmo a mi corazón.
¿Qué noche es más profunda, la de arriba
o aquella que es perenne en el fondo de las aguas?
Ando sobre el abismo. Desconozco el término
de lo que cubro y de lo que me cubre,
tampoco conozco a aquellos que he visto salir de la niebla,
tarde en la noche, cuando soy el pequeño brillo
entre las dos oscuridades.
A veces mi grito es también la gaviota que se aleja.
Al amanecer he confundido el faro que envejece en la costa
con el pequeño astro en el borde de lo nocturno.
Todo es distinto aquí. La luna también es una madre.
Mis párpados tienen el peso
de las conchas marinas.

MINIATURA ASOMBROSA

Alguien puso semillas en mi mano:
treinta árboles mañana,
tantos bosques cientos de años más tarde.
Aves encontrarán el sur en esos árboles
y los lobos encontrarán cobijo
y las hormigas crecerán como un cuerpo
entre las raíces ciegas y soñolientas
y alguna vez una casa y otra casa
construirán esas maderas
y el invierno bajará en sedimentos
y el otoño con su total hastío
pondrá sus pies pesados
sobre los troncos gruesos y no los vencerá.
Nada hará que se quiebren.
Y dentro de cien años cien hombres
serán hombres felices amando a sus mujeres
bajo esos techos amplios,
un perfume de bosque flotará todavía
en los hijos que lleguen,
el mundo será el mundo y la noche, la noche
las lechuzas de entonces tendrán ojos más grandes
y comerán gorriones lo mismo que alacranes
y el ratón será mínimo como un insecto extraño,

su pálido pelambre lo volverá invisible
de noviembre a febrero, y no tendrá enemigo:
ni el águila ni el hombre, si acaso, la serpiente.
Treinta árboles mañana,
flores malvas y rojas creciendo en ese bosque...
Ayer, unas semillas que alguien puso en mi mano
y que yo lancé al cielo.

ROMERO

Romero levanta sus brazos y toca con sus dedos
dos eternidades, el tiempo de mi niñez
y el de mi vejez se unen cuando los unen sus dedos.
Las monjas cantan y no saben que es un canto de despedida.
Los pañuelos que cubren sus cabellos son días de lluvia.
Romero levanta la copa y la hostia y su voz es el mar,
y su cuerpo un acantilado donde se estrella el mar.
Hay brisa y bullicio de gaviotas en la pequeña nave de la iglesia.
Los cristales se iluminan con el fuego que llega desde fuera.
Suena un disparo al mismo tiempo
que todas las campanas del mundo, que las campanas
de todas las iglesias de la tierra menos una.
El disparo atraviesa el aire, veloz como un milagro.
Las voces cesan y el silencio avanza cien pasos.
Los gritos repentinos son una estampida de toros
que se estrella contra un muro de piedra,
lo destruyen y escapan a los montes.
Monseñor cae y nadie le escucha caer.
Su túnica blanca es una playa de verano,
pero la luz ha sido manchada
por los inmensos cuervos que graznan en el atardecer.
Las monjas son olas que se juntan en la marisma.
Sostienen su cabeza como si intentaran sostener el cielo

con sus pequeñas manos, pero no es suficiente.
No es suficiente. Nada resulta suficiente.
La muerte se acerca y se inclina.
En la puerta de la iglesia una sombra se aleja.
Las campanas continúan su terrible lamento.
En algún lugar bajo el sol los ciervos se inclinan a beber.
Un hombre se persigna sin tener un motivo.
Y Romero dice una última palabra,
inaudible como el sonido de las pisadas
del escorpión en el desierto.
Su cabeza cae como una fruta.
Un perfume de fuego y de ceniza desborda la ciudad.
San Salvador se llena de algo sin saberlo.
La sombra que avanza por las calles aplasta el perfume,
pero no puede destruirlo. Las campanas
continúan doblando. Metal sin ruido, un lamento,
un grito que no haya su final y continúa temblando
en el aire de marzo, desde ese día
y cada día, en todo tiempo.

UNA VIDA

Allí donde los niños husmean el aire, donde la mujer
sin rostro maldice el aire lleno de lluvia
y el anciano cuya boca se haya petrificada
busca siempre algo que no desea comprender o encontrar,
la noche no puede llegar jamás a la mañana
y es semejante a esa balsa que las olas hacen retroceder.
Allí donde ningún árbol da fruto y la abundancia
ha sido dejada atrás como los restos de una presa
por los lobos saciados cuyas patas son una escritura en la nieve,
y donde toda madre es una silueta
semejante a un saco repleto de palomas asesinadas con palos,
una bolsa flácida que deja sobre el piso manchas de fuego.
Allí donde toda puerta también permanece cerrada,
donde el mar no empieza en ninguno de los ríos,
donde la montaña no es un horizonte sino un escondite
y la hierba no se corta jamás por el temor de encontrar
lo que ha escondido por años.
Allí, al amparo de la tormenta, toco mi propia mano,
beso mis propios labios y me bendigo
y me dejo caer para dormir un sueño semejante a la muerte.

DESPEDIDA

Ella se levantó con las palomas,
se peinó el cabello un largo rato, se untó aceite.
La madrugada se deslizó a través de ella,
cayó a sus pies, se hizo una sombra.
Ella parecía a punto de sumergirse.

Cuando salió ya caminaba hacia lo inabarcable
y todo lo que decía era la palabra Imposible
en cientos de maneras distintas.

La maleta pesaba menos que mi mano:
aire que caía sobre aire.

Llegamos hasta una multitud. Todos lloraban.
El enorme autobús prolongaba la acera.
Nadie subía aún, nadie se atrevía a dejarse caer
hasta que ella se inclinó y me besó
y me dijo lo que entonces tenía para decirme,
esa mentira que me hizo sonreír
y pensar en largas autopistas colgadas del cielo,
en edificios que eran el horizonte
y llantas que rodaban vertiginosas y rines brillantes
como anillos de oro terriblemente blancos.

Entonces me moví, caminé sin voltear,
ella subió las gradas
y entre nosotros creció una extraña noche.

Me detuve en la esquina bajo una sombra.

Entonces me senté en la acera y esperé
sin tener nada que esperar
hasta que pude levantarme y seguir,
no volver sino solo seguir,
porque el presente se había vuelto el pasado
y no se detendría...

LA LÍNEA

El disparo venía de atrás. El aire
se estiró hasta romperse.
Fue uno solo, pero todos caímos.
El suelo nos recibió como las carretas reciben
los sacos de manzanas. Un desfile
de sombrías figuras atravesó las avenidas,
pero nadie gritó. Nadie volvió la vista.

La inmensa luz caliente se había vuelto una canción
interrumpida por un silbido blanco.
Junto a mí, el mapa de un hombre
esparcido sobre las piedras.
Sus ojos veían lo que yo solo podía presentir.
A donde quiera que tuviera que ir, había llegado.

Oí pasos veloces, luego solo un silencio
enorme e inhumano que parecía llenarlo todo.
Estiré mi mano para tocar al hombre:
no tenía miedo a la muerte,
no tenía miedo de sentir que su cuerpo se endurecía
bajo mi mano inmóvil.

Un instante después, me levanté.
Deshice mis pasos
hasta la habitación de donde había venido.

Hacinados, parecía que mis hermanos
me habían esperado durante años.
Veintitrés sobre un piso cuadrado como una cama,
parecían los desperdicios de una fiesta.

Me preguntaron qué había sucedido y por qué
pero no tenía tantas respuestas.

Me senté y el calor me abrazó,
un calor que provenía de todos ellos,
y lloramos juntos un llanto repentino y terrible
y dijimos que era mejor volver
y sé que todos queríamos volver
pero nadie se atrevió a levantarse.
Y sin embargo, el desierto nos llamaba
a través de ecos que se volvían horizontes.

Estábamos tan lejos que no había caminos de regreso.
Y aunque estábamos juntos, estábamos solos.

Nada había en lo venidero para nosotros.
Cada amanecer era solo el inicio de un miedo más enorme.
Y el desierto se había vuelto un féretro,
y nosotros, el peso
que lo hundía en la tierra.

2 I

Es simple. O lo era entonces. Cuando la sombra ahuyentó las aves del árbol que había roto la acera de cemento y los salones de tu casa se derrumbaron sobre la claridad, caminamos por los pasillos de una iglesia habitada por el incienso como unos esposos en el tiempo de la abundancia, tu cabello adornado con joyas era una fiesta junto al mar, siempre bajo el crepúsculo de la tarde, y tu cuerpo una línea donde el horizonte bajaba para extinguirse, sinuoso y bello como una canción que, sin hallar un final se disipaba en el espacio que separa la música del metal en la trompeta.

Y cuando la sombra se volvió inevitable y volvió a caer desde las enormes distancias como un Tsunami asombroso y un rastro de leones muertos apareció en las laderas y los búhos majestuosos esparcieron su mirada sobre la ciudad consumida, aparecí con pantalones demasiado largos, una silueta cuya frente era un camposanto sin árboles alrededor, cruces blancas como la piel que dejan al mudar las serpientes, inclinadas a causa de un año de tormentas. Y fui tan alto como una muralla que rodea un país. Y tan viejo como una ciudad bajo las aguas.

Y cuando la sombra finalmente se disipó,
rota por el peso de ese animal robusto que era el alba,
un estanque emergió de los escombros
y tu rostro tocó sus bordes como el dibujo del astrónomo
hace con la constelación, y tu mano, aún perfecta,
sostuvo estas manos mías menos ágiles, estos brazos míos
incapaces de detener una estampida de aves o de búfalos,
y levantaste al hombre sin peso en el cual existía,
la silueta colmada por la niebla, el aire oscuro
que emergía de mi boca repleta de extrañas profecías,
y te inclinaste sobre mi frente enferma y susurraste un nombre
para hacerme volver, y volví solo en parte,
un hombre de perfil semejante a un reflejo en el agua
que hierve, la figura de humo cuyos pies ya no existen.

Y sin embargo, como una madre y una hija, diste tu bendición.

La muerte no hubiera sido tan perfecta. La vida
no hubiera sido tan dulcemente vasta.
Quien salva un hombre salva el mundo.
Quien besa esos labios salvados, besa una humanidad.
Vuelve a nacer el hombre en tu sombra tendida sobre el frío.
El final de la muerte no es la muerte. Donde acabo
sólo empieza la vida.

LA ANCIANA JUNTO AL VENTANAL DONDE COMIENZA EL CIELO

Oh, es lo que debes hacer, me dijo,
es lo que debes, y señaló con su pequeño dedo
hacia ninguna parte y respiró tres veces.
Oh sí, es lo que debes, insistió. Y alrededor
algo se desprendió del aire, átomos que eran luz,
luz que había sido oscuridad al principio,
energía en forma de pliegues, algo que nos unió
e hizo que su pensamiento y su emoción
me abrazaran como la lluvia lo hace
con el pequeño estanque, a la vista de nadie.
Es nuestro destino, nuestro destino siempre, dijo.
Su ojo era algo que cesaba, pero no su visión.
Adentro de mí hay muchos, dijo. *Muchos, civilizaciones enteras.*
Créelo, me pidió. Créelo otra vez, Créelo siempre.
Y que no te detenga, debes ir. Enciende
los motores y que el fuego te lleve
a donde solo el fuego puede llevarte. Oh, sí. Oh, sí.
Y su dedo me alcanzó y temblaba como las ramas secas
en la corriente de aire gélido. Y así pasó.
Las cabezas unidas por la idea. Y las sombras
de nuestros cuerpos en el piso siendo una sola sombra
como dos palabras de un idioma distinto
que poseen significados semejantes.

EL CAMINO DEL FRÍO

Entonces miré atrás y en el centro vi un faro,
sobre el faro había aves del color de la madrugada,
y abajo, en el agua, rayas como puñados de arena y cangrejos rojos.
Estiré mi mano para tocar a alguien,
pero no había nadie.

Y todo pasó, y luego, días más tarde, me detuve frente al desierto
sobre una duna, y el pasado llegó a mí
y me mostró el antiguo reino,
la grandeza levantada sobre la piedra.

Y cuando un auto apareció y deshizo el horizonte,
pensé en los leños de una fogata que se apaga al amanecer.

Y unos días después, observé el rastro de la primera humanidad
en el basalto de una cueva, búfalos que corrían
por las praderas sin dejar rastro, detenidos de pronto.

Descubrí una sombra en el centro de la oscuridad,
una silueta acurrucada con treinta siglos de mirar sin ser vista.

Luego de unas semanas, llegué hasta una colina
donde la niebla era una manada de lobos
que saltaban sobre sus propios lomos
avanzando de la manera más extraña,

y quise, otra vez, mostrarle a alguien
conocido o desconocido lo que veía,

pero tampoco tenía nadie a quién mostrarle,
a quién decirle: este es el inicio de la nieve, aquí termina
el mar del norte, aquí
vuelve a empezar el viento.

BIG BANG

El Dios de mis padres no es el Dios de los padres de mis padres.
Hemos avanzado, hemos visto el principio,
el instante donde el nombre vacío se llenó de espesura
como la historia de un hombre insignificante
que se convierte en mito.

Hemos retrocedido para avanzar. Hemos observado
la inmensidad del alba retroceder hasta la cueva de la liebre.
Cuanta luz para un solo hueco en la tierra.

Y por ello y por tanto más el Dios de mis padres
no es el Dios de los padres de mis padres.

Lo que miramos posee un nombre y una medida.

Lo que entendimos por inconmensurable ha sido abarcado.

Los grandes animales marinos fueron marcados con un número,
con una línea blanca trazada la trayectoria del cometa,
ecuaciones definen las señales del cielo,
hacia abajo miramos cada cima del mundo.

EL VIAJERO

He viajado cientos de años
para estar más cerca del inicio que del final.
Este instante es la historia del mundo.

Mi huella no es la huella de un hombre sino la del hombre.
Mi muerte, la de una humanidad.
Lo que imagine, el destino de una raza de hombres.
Mis sueños, el mito que se contará
hasta volverse fe.

Lo que ame, un paraíso.
Lo que odie, un infierno.

Mi nombre sólo podrá ser pronunciado por el viento,
ese lenguaje del que nadie podrá tener una memoria.

Estamos solos: lo que fui y lo que soy por fin se han reunido.

Mi mente es la antigua humanidad.
Por ello sólo mi alma es genuina entre estas cosas yermas.

He viajado cientos de años,
pero los astros aún están distantes.
En el centro, apenas soy un borde.

Mi tiempo es un tiempo distinto. Mi presente
es el futuro de los que me vieron partir.
En ninguno de ellos se encenderá mi imagen como un recuerdo.

He viajado cientos de años para volverme la oración
que un inclinado ser ha de decir
varios siglos más tarde de mi muerte,
cuando lo que le escuche
no sea yo ni el polvo ni las piedras que piso,
sino los astros que me cubren,
un instante más cerca.

Una lágrima inunda la superficie de mi ojo.
No dejaré que caiga.
Acabaría un mundo si cayera...

AL LADO DE TODAS LAS COSAS

Si pudieras finalmente volver y decir ese nombre
hecho de piedras lunares
y pisadas de caballo en el fango.
Esa maldición que te hacía feliz.

Si pudieras volver. Y si pudieras
levantarte desde todas las cosas donde estás contenida,
y dejaras un canto de ceniza sobre la piedra
como una oración rupestre, y si tu boca
rozara el borde de la taza y sintieras el antiguo sabor
y el antiguo deseo, y si tu mano,
que es mi recuerdo de la inmensidad,
me tocara otra vez en este interminable día
que es una retina de sombra
donde los animales vuelven para beber y extinguirse,
todo sería tan simple.

Tan verdaderamente simple.
Pero este instante y cada instante estoy sentado
en la primera butaca de un teatro
cuyo espectáculo es el sombrío acto de un muñeco
que repite una sola palabra que no logro escuchar.

Y quisiera aplaudir,
pero no me atrevo aplaudir,
no me atrevo a destruir con mi pálido aplauso
el terrible monólogo
de lo que no posee límites.

HABITANTE

Desolación es mi nombre y el nombre
de lo que me rodea.
Al inicio de la calle, casas abandonadas.
Puertas arrancadas de un tajo por el viento del norte.
Pacios donde solo la nieve ha caminado durante años.
Huellas de escarcha sobre las tejas rotas.
Faroles rotos, tierra rota, tazas, palanganas,
cornisas, columnas, todo quebrado.
Y ese olor que no es tierra, que no es la decadencia
ni la muerte, sino ese hálito que emana
de lo que ha sido maldecido.
Plata cubierta de polvo
como un hermoso rostro amortajado.
Figuras de animales en las paredes.
Orificios de bala donde la serpiente
ha penetrado la oscuridad.
Un eco, voces, susurros casi oceánicos
en la madrugada, una mancha en el aire, el peso
de lo que debió ser liviano y volátil
pero ha adquirido corporeidad.
Desolación es el nombre de lo que me rodea.
Desolación es mi propio nombre santo.
La lluvia no abandona los campos muertos.

He venido hasta aquí para saber
que el viento tampoco abandona
el mármol negro de las tumbas, los labios negros
de los que desaparecieron a la intemperie, arrastrados
hasta las ciudades vecinas y el mar
como ecos que se alargan por un tiempo imposible.
Camino sobre la tierra muerta, entre mudas de pitón
y gusanos rojos, sobre el fango aún húmedo,
sin avanzar, sin distinguir el oriente del poniente,
silbando como si nada fuese importante,
llenando mi boca con hambre antigua y antiguas palabras,
sin estirar la mano pero tocándolo todo,
volviendo a nombrar lo que alguna vez tuvo un nombre.
Me baño en un estanque donde no logro observar el fondo.
Lo que habita en la oscuridad de las aguas
son los residuos de la cena de un animal gigantesco.
Podría gritar y no huiría el ratón blanco ni el búho
cuya garra es escarcha.
Podría golpear un tambor y no se encendería una estufa
ni se escucharía un resoplido de alivio.
Podría decir una oración y una campana no sonaría.
La soledad no tiene fundamento, estoy conmigo,
es la última hora del día,
y soy todos los seres de la tierra.

LA MADRE

Tráeme un souvenir, dijo
Y yo le dije, *Sí*.

No pude hablarle de lo que sucedía,
no pude mentirle otra vez,
decirle: volveré en tres semanas,
en un mes, en unos cuantos días.
Y todo es bueno.
Y todo es increíblemente luminoso.

Tráeme algo del mar, dijo
Y yo le dije *Siempre*.

Ya no pude contarle
que no estaba en la costa
que nada había para mí
entre las hermosas bañistas,
que me hallaba rodeado
de montañas nevadas
pero que nada era inmenso,

que la mancha amarilla
que sobre las colinas

avanzaba al amanecer
era apenas un rastro de venados
asesinados por el frío,

que lo ríos solo podían alejarse,
que la belleza se había extinguido
para todos nosotros,
para ella también,

y que era diciembre
pero en los vasos ya no quedaba nada
que se pudiera beberse,
nada que no fuera semejante
a la textura del fango
donde los peces
mueren por el aire.

Tráeme a mi hijo, dijo.

Tráeme a mi hijo, dijo otra vez.

Y volvió a decirlo.

Y otra vez, hasta que el mundo fue su voz
y el pasado se volvió su silueta
y cientos de tormentas de nieve
me cerraron la boca.

INVISIBLE

No puedo verte. Me inclino y toco la tierra
pero no consigo sentir la curvatura.
Y ya no puedo ni verte ni tocarte ni escucharte
decir los nombres tus hijos.

Imagino que estás en la ventana y buscas en los árboles
lo que tampoco puede ser encontrado,
quieres mirarme aparecer entre las sombras aturdidas,
confundes mi cuerpo de muchacho
con las formas que observas en la niebla.

Y hablas con la lluvia como lo hacías antes conmigo.
Te persignas cien veces. Pides por el retorno
hasta que la madrugada se convierte en tu suplica.

Sé que ya no comprendes lo que sucede.
Ves el mar, pero no observas el tsunami.
No presientes la ola del tamaño de la muerte de un hombre.

No escuchas las campanas del mundo doblando para ti.

No quieres entender que la inaudible luz es un tornado
que choca contra una sola pared y una sola ventana,
allí donde la lejanía encuentra su verdadero límite.

Ni tú ni yo podemos mirar hacia atrás para encontrar
todo lo que no volverá a tener un principio.
Enormes manos llenas que no saben
qué hacer con lo que han atrapado.

Una lengua que busca un sabor en la carnosa luz del mediodía.
Voces que intentan romper las paredes del agua
hasta que todo cesa, hasta que todo retrocede
como la figura del anciano que vuelve al niño
a través de su propia destrucción.

Y entiendo que no puedo encontrarte donde sé que no estás.
Y sé que no me hallo en el centro ni en el sur
sino en el terrible occidente de calles luminosas
donde ni el mar ni los jazmines existen
porque no son lo que recuerdo
y no puedo inventarlos otra vez.

Esta hermosa claridad no es mi luz. Estas piedras
no pueden ser mis hermosas piedras talladas. Este ruido
tan limpio carece de disparos y cohetes de fiesta.

Es todo. Solo quise decir que no puedo ni verte ni escucharte,
y ahora voy a callarme para dejarnos solos.

MAÑANA DE NOVIEMBRE

Noviembre cuelga de las ventanas,
se estira y se congela. Las nubes grises de nieve
se desploman sobre los techos.
La nieve es blanca como la piel de los conejos desollados.
Las crías del conejo no pueden iluminar
una madriguera. Raíces
transparentes, restos de sombra y de legumbres,
y un olor amargo y salvaje y tan antiguo
como el instinto de salvación.
Noviembre se hunde igual que el pie de una bailarina
en el centro del aire, se suspende, gira,
aúlla, es un anciano, una barba llena de abejas,
una cría de oveja que pasta por las colinas alisadas.
Noviembre es una víspera blanca
inclinada como una chica antes de lanzarse
desde un trampolín en el borde del mar.
Casi acantilado, casi grulla y casi sombra de grulla
sobre los niños que se deslizan por la hierba,
cuando el ocio es una abuela materna llena de leche.
El mundo es frío y no tengo hijos ni mujer ni parientes.
En posesión de nada subsisto.
Mi casa es el deseo.

LA HERENCIA

Han pasado quinientos años y un poco más
y continúas erguido en la neblina.

No logras entender el sonido del río
que crece como un niño a los doce años
y se vuelve un hombre tendido sobre la superficie
de las piedras, y se pone de pie
y salta al abismo y cae de pie y sigue y sigue
hasta encontrar el mar, que es una casa siempre.

Sé que no comprendes el peso de los enormes árboles
ni ves el brillo de la obsidiana
romper la oscuridad, ni sabes escuchar
la vibración del bisonte por la interminable pradera,
el bisonte cuya pezuña jamás puede romper el color rojo
de las pequeñas insignificantes flores.

No comprendes la belleza de lo inexplicable. El ruido
de lo genuino, donde no existe el hombre.

Tu lengua no es mi lengua, las palabras
son semejantes, pero no los significados.
Te he visto mirarme quinientas veces,
pero mírame una vez más, obsérvame erguido
frente a la claridad del mediodía
y la tormenta de nieve,
no soy un visitante del mundo,

soy el mundo,

y soy el viento del norte
envilecido al rozar las inclinadas cabezas
de los habitados por la oscuridad y la muerte.

No soy tu descendencia. Tu padre
no es mi padre ni tu madre es la hija de mi madre,
pero nada es distinto en la brisa de la tarde para nosotros,
el fuego de la lámpara no es más bello
que el fuego de la fogata,
la bellota no es más hermosa que la concha marina
ni la laguna que una mano llena de fango.

Cuando se cuenta el cuento de la creación,
el instante de inicio es el mismo
en cualquiera de las lenguas
que conocemos.

En la profundidad de las aguas, no hay un centro posible,
ni un final en el viento, donde todo retorne.

He visto palomas de neblina vagar entre tus edificios,
he visto miles de hombres cayendo en una sola tumba,
y flores que nacían sobre ella,
y venados comiendo de esas flores, y lluvia,

y barcos en la lejanía, y luego un páramo
desolado y sombrío, y alguien más, un viejo
o un muchacho, andando de espaldas para siempre.

He visto y he callado, por eso ahora
besa mi labio sin amor
y comprende a qué sabe la inmensidad, esa región
donde el horizonte y el abismo
no poseen ninguna diferencia.

EL HOMBRE EN LA TEMPESTAD DE LA TARDE

Me han pedido a mi hija.
Me han pedido unos muebles nuevos.
Me han pedido bajar la cabeza y callarme
y bendecir el pan amargo
y el vino en el vaso manchado de musgo.
Me han pedido a mi hija de doce años.
Me han pedido una moneda de plata una vez y cien veces.
Me han pedido entregar el pan,
no partirlo sino entregarlo entero,
pan amargo, una hogaza blanca,
blanda como la barriga del lechón.
Me han pedido no abandonar mi casa a medianoche.
Me han pedido a mi hija de doce años y a la de once.
Voces que vienen en la madrugada y al amanecer.
Rostros ocultos a través de las cicatrices.
Me han advertido que tengo tres días, me han advertido
de una oscuridad más profunda.
La madre mis niñas retrocede a la habitación cerrada.
Evita mirarme. Elige entre una muerte y otra muerte.
No quiere obligarme a descender al polvo.
No quiere bendecir la oscuridad
ni maldecir el ruido del alba.
Sabe que el revés del silencio es la explosión.
No quiere condenarme, aunque sabe que estoy condenado.
Me perdona antes de que llegue la culpa.
Me han pedido a mi hija.
Me han pedido que cierre las siete puertas
de mi casa al amanecer

y las abra con la llegada de la tarde
y entonces diga una oración para alejar a los muertos.
Me han pedido que pisotee las flores de los tejados,
que diga una y dos y tres veces mi nombre,
que recuerde y olvide todo,
que corte mi mano, que me incline
y pida perdón por la luna sobre la oscuridad vertical del pino
y por la suavidad de la lila
y el estanque donde asoma su cabeza la rata
y por el plumaje del búho y el color de la mariposa.
Me han pedido a mi hija de once y a mi hija de doce.
Y el mundo es un sitio yermo, carente de toda salvación,
ignorante de todo destino y toda dicha.
Mi vida retrocede hasta alcanzar el origen de la tormenta.
Mi mano crece sobre el mango del hacha.
Se enraíza, se multiplica como las tumbas en la tierra
bajo lluvias que caen todo el año y años tras año.
Me han pedido vivir entre los desperdicios de la humanidad
y estar tranquilo y esperar
y saludar a los que me observan alejarme.
Me han pedido que orine sobre mi propio rostro y sonría.
Me han asegurado que les pertenezco, yo y los míos,
y que solo la muerte es la dueña del alba.
Que solo la muerte es la madre amorosa.
Que solo la muerte es la madre
y el padre que nos velan mientras dormimos,
mientras soñamos el sueño inusitado
de estos días terribles.

A TRAVÉS DE LA NIEBLA

Quizá nos engañaste, quizá tu nombre
deja en el aire un rastro como el de los elefantes
cuyas patas son muñones de humo,
una escritura parecida a la huida de las aves
cuando presienten las formas de la nieve
bajando por los acantilados, siluetas suicidas
y ecos que provienen del agua.

Quizá nada era cierto y no ibas a volver
y quizá ni siquiera lo dijiste,
quizá lo imaginé mientras caminaba
bajo la noche de los hombres,
afectado por el ruido del cuello del búho al girar
y el sonido del disparo que cruza la lejanía
tratando de alcanzar su destello.

Quizá los años de la primera juventud me han mentido también
y no existieron ni las casas ni el cerro ni esa iglesia
donde apareciste aturdida por las campanas,
hablando sobre todo lo que he olvidado.

Todas las calles se han inclinado esta mañana.
Es simple. Simple como querer tocar la niebla de 1945
en los vestigios de un muelle derribado en 1945.
El revés de un camino es una casa que no existe.
Miras en mi espalda tu fotografía de los veinte años,
puedes mirarla incluso a través de la niebla.

EL CHICO DE LA CRUZ VERDE

Querías escapar a través de un camino que no existe.
Tus pequeños pies del tamaño de puñados de abejas muertas
querían saltar sobre los charcos, o hacer equilibrio
sobre el reflejo de una cuerda, pero caíste
y tu cuerpo avanzó hasta tu sombra para llenarla
como una pila bautismal con agua bendita.

Fogatas frescas fueron las frases que gritaste
mientras caías, agua encendida sobre siete penumbras.

Todos sabemos que vestías de verde, que sobre el corazón
alguien te había cosido una cruz blanca,
que ibas con otros como tú recogiendo los muertos
como los pescadores recolectan peces inusitados,

que entraste en la claridad del día
en lugar de la oscuridad bajo la cama, que viste
un aliento terrible convertirse en tornado y luego en grito
pero que seguiste de pie incluso un instante después
del último disparo. Y que sigues de pie para todos nosotros.

Sé que te acribillaron al final de la tarde.

Y sé también que era un juego de niños,
que fueron otros niños los que te dispararon,
y que te conocían puesto que te llamaron por tu nombre.

Y sé la calle en dónde sucedió, y sé el tamaño
del horizonte implacable bajo el que aún persistes.

Los tiovivos no saben girar más.
Todas las madres menos una se han tornado un sollozo.
Todas envejecieron menos esa mujer
cuyo lenguaje se ha vuelto una lluvia de marzo,
y cuya boca es un puñado de innumerables hormigas rojas,
una mancha que crece sobre la carne fría.

Catorce aves de mal agüero cantaron
en la despiadada rama que el viejo viento elude,
esa rama que solo florece en el invierno.

Niño más grande que la plegaria en que persistes,
se ha secado el mar sobre tu pupila aún abierta,
se han quebrado las sillas de la cena de tus quince años,
y de tus dieciséis y de tus veinte,
los bosques se han derrumbado sobre sus troncos,
y todo ha callado un minuto terrible,
los rostros han caído como el hacha de piedra
sobre el cuello de la gacela, y se ha acabado el día.

Siete balas como siete maldiciones
como siete tornados súbitos asaltaron a tu cuerpo.
Siete leonas grises para una sola presa.

Y derrotaron tu hermosa voluntad.
Y hablaron al oído de cada uno de nosotros
para decirnos la verdad sobre todas las cosas,

para advertirnos que estamos solos otra vez
y mostrarnos el final de un camino
que no comienza nunca.

EL SONIDO

El sonido de la trompeta, que fluye
venciendo el aire, siendo aire afilado y embellecido,
no puede romper la tormenta de polvo,
ni puede la oración de la madre y la viuda
resucitar ninguno de los cuerpos que veo
y me inclino para cubrir con mi sombra
como una manta de lino que ya fue usada antes.
Nada florece bajo el cuerpo tendido
en la acera, al amparo de los perros, bajo la rama
que posee la forma de la garra de la paloma,
desprovista de fruto y de hojas, oscilando
como un murciélago en la lluvia del mediodía.
Es domingo, las campanas no dejan de sonar,
se juntan en los techos y sobre las cabezas, explotan
y puedo sentir su vibración, levanto la mano
y mis dedos tiemblan. Las calles se vacían. El silencio
es el inicio del temor. Y lo sé. Y lo sabemos todos.
Por la mañana, anunciaron lo sucedido.
Dijeron los nombres de los muertos.
Pusieron tinta verde en el aire.
Y bajo el sonido de la campana, un lamento.
Y bajo el lamento, una trompeta,
pero no puede una trompeta romper la tormenta de polvo.

No puede un hombre ponerse a cantar
o tocar una flauta y hacer que todos le sigan,
y llevarlos al río, y ahogarlos y bautizarlos
con la oscuridad que se estremece bajo las aguas,
y besarlos en la boca y la frente,
y dejarlos seguir, a través de la corriente indócil,
entre los juncos y las patas de las cigüeñas,
hasta que se pierda el último de ellos, y se detenga todo.
Y descansar. Y que dejen los labios el temblor
de la oración que crece del crepúsculo al alba, y salir
y andar cien pasos sin pensar en nada, sin mirar hacia atrás,
como una silueta que no posee hombre, como una abeja
o un mosquito, cuya existencia efímera
es un brillo que imaginamos al dormir.
No puede el temible sonido de la trompeta
deshacer la tormenta de polvo,
ni puede el ingenuo ratón de campo
dormir bajo el aliento de la hermosa serpiente.

NACIÓN

Oh dueña, oh mía, santísima y nefasta,
bajo el rosado vuelo de las aves,
y bajo el agujero amarillo donde una gacela de oro
hace su nido efímero y lo llena de crías semejantes a ella,

dejaré las letras de un himno,
y sobre tus tejados, aún de tierra roja,
inclinaré mi cabeza humedecida
bajo el aplauso interminable de tu invierno sin nieve
y reuniré todo lamento y toda terrible declaración de amor
para decirte dónde estamos perdidos,
para dejarte migajas de inhabitables planetas
destrozados y que puedas llegar hasta nosotros.

Oh hermana enorme, loba del color de las azucenas sucias,
eres la inmensa huésped de las aguas del alba,
una vieja mujer con anillos de ónice y pezuñas de jaguar,
globos negros son tus palomas que explotan en el aire.

Oh madre enferma y santa, tu cabeza es una gallina
haciendo equilibrio en el horizonte de marzo,
tu huella es un país que llega con la noche,
tu primavera, una estación de trenes en cuyo andén
se desbordan tilos enfurecidos, altos
tan altos como muchachos a la sombra, y más altos aún,

semejantes a brisa súbita erguida como un animal majestuoso
bajo todas las aguas del pacífico, ese mar solo nuestro,
ese páramo repleto de caballos dementes
que chocan entre ellos y se expulsan
a través de una piadosa muerte blanca, un grito blanco
que destroza los muelles y las piedras.

Un ruido de gaviotas es lo que sé de ti, Madre,
temible Madre siempre en éxtasis,

y por eso bendíceme otra vez y yo te bendeciré
y estaremos juntos al amparo de tu inaudita iglesia,
esa Iglesia llena de niños santos
arrodillados para siempre...

EL RUIDO DEL OTOÑO

Pienso en el ruido del otoño, ese sonido
de tornados que abandonan las sombrías colinas
y suben por los acantilados como escaladores enfurecidos.

Pienso en el ruido de pisadas veloces, docenas de niños
que no se atreven a mirar la casa envejecida,
la ventana sin marco y la silueta que gira la cabeza. Y gira
la cabeza. Y gira la cabeza que es solo pómulos y boca.

Pienso en el ruido que se hunde en el polvo de cien años.
El polvo donde un pie puede conocer la estrechez
y lo que se hunde no es una huella sino un hombre completo.

Pienso en el graznido del cuervo sobre la huida de la liebre,
en el ruido de palabras sin vida cayendo sobre el pasto,
en el sonido de las pisadas que las destrozan sin notarlas,

en el silbido de los delgados abedules que se secan,
y en esa respiración que es un nombre,
un nombre de mujer, un nombre santo, sin sílabas,
con campanas doblando en vez de sílabas.

Pienso en la pisada de un pie inmenso, en el ruido
de la ciudad que enciende las estufas, en el paso
del humo a través de las interminables chimeneas,

pienso en todo aquello que no debía ser recordado
y repito la oración que ya he repetido una vez y otra vez,
y una vez y otra vez estiro la endurecida mano,
la inevitable mano para tocar el centro del silencio del mundo.

JORGE GALÁN es un novelista y poeta salvadoreño que actualmente reside en Madrid. Ha publicado los libros de poesía *Medianoche del mundo* (Visor, 2016); *El círculo* (Visor); *El estanque colmado* (Visor); *La ciudad* (Pre-Textos); *Breve historia del Alba* (Rialp); entre otros. Ha obtenido el Premio de la Real Academia Española en 2016, por la novela *Noviembre* (Tusquets, 2016); también ha recibido el Premio Casa de América en 2016; el Premio Internacional Antonio Machado, Madrid, 2009; y el Premio Adonáis, Madrid 2006. Su novela *La habitación al fondo de la Casa* ha sido traducida a varios idiomas y publicada por Mondadori en Italia o Penguin Randon House en Alemania, entre otras.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra
42. *La tierra es nuestro reino. Antología*, Luis Fernando Afanador
43. *Quiero escribir, pero me sale espuma. Antología*, César Vallejo
44. *Música callada*, Jorge Cadavid
45. *¿Qué hago con este fusil?*, Luis Carlos López
46. *El árbol digital y otros poemas*, Armando Romero
47. *Fe de erratas. Antología*, José Manuel Arango

48. *La esbelta sombra*, Santiago Mutis Durán
49. *Tambor de Jadeo*, Jorge Boccanera
50. *Por arte de palabras*, Luz Helena Cordero Villamizar
51. *Los poetas mienten*, Juan Gustavo Cobo Borda
52. *Suma del tiempo. Selección de poemas*, Pedro A. Estrada
53. *Poemas reunidos*, Miguel Iriarte
54. *Música para sordos*, Rafael Courtoisie
55. *Un día maíz*, Mery Yolanda Sánchez
56. *Breviario de Santana*, Fernando Herrera Gómez
57. *Poeta de vecindario*, John Fitzgerald Torres
58. *El sol es la única semilla*, Gonzalo Rojas
59. *La frontera del reino*, Amparo Villamizar Corso
60. *Paraíso precario*, María Clemencia Sánchez
61. *Quiero apenas una canción*, Giovanni Quessep
62. *Como quien entierra un tesoro. Poemas escogidos*, Orlando Gallo Isaza
63. *Las contadas palabras. Antología*, Oscar Hernández
64. *Yo persigo una forma*, Rubén Darío
65. *En lo alto del instante*, Armando Orozco Tovar
66. *La fiesta perpetua. Selección*, José Luis Díaz-Granados
67. *Amazonia y otros poemas*, Juan Carlos Galeano
68. *Resplandor del abismo*, Orietta Lozano
69. *Morada de tu canto*, Gonzalo Mallarino Flórez
70. *Lenguaje de maderas talladas*, María Clara Ospina Hernández
71. *Tierra de promisión*, José Eustasio Rivera
72. *Mirándola dormir y otros poemas*, Homero Aridjis
73. *Herederos del canto circular*, Fredy Chikangana, Vito Apúshana, Hugo Jamioy
74. *La noche casi aurora*, Eduardo Gómez
75. *Nada es mayor. Antología*, Arturo Camacho Ramírez
76. *Canción de la vida profunda. Antología*, Porfirio Barba Jacob
77. *Los días del paraíso*, Augusto Pinilla
78. *Una palabra brilla en mitad de la noche*, Catalina González Restrepo
79. *El tiempo que me escribe. Antología*, Affonso Romano de Sant'Anna
80. *Poemas infantiles y otros poemas*, Rafael Pombo
81. *Trazo en sesgo la noche*, Luisa Fernanda Trujillo Amaya
82. *Reposo del Guerrero*, Eduardo Langagne
83. *Todo nos llega tarde*, Julio Flórez
84. *El pastor nocturno*, Felipe García Quintero
85. *Piel de naufrago*, Xavier Oquendo Troncoso
86. *Yo me pregunto si la noche lenta*, Juan Pablo Roa Delgado
87. *Soledad llena de humo*, Juan Carlos Bayona Vargas
88. *Antes de despertar*, Víctor López Rache
89. *Péndulo de arena*, Carlos Fajardo Fajardo
90. *¿Dónde quedó lo que yo anduve?*, Marco Antonio Campos
91. *Somos las horas. Antología poética*, Abelardo Leal
92. *Dos patrias tengo yo*, José Martí
93. *Visibles ademanes. Antología*, Eugenia Sánchez Nieto (Yuyin)
94. *Los días son dioses*, Robinson Quintero Ossa

95. *Oscura música*, Amparo Osorio
96. *Como acabados de salir del diluvio*, Horacio Benavides
97. *Como se inclina la hierba*, Manuel Iván Urbina Santafé
98. *En la memoria me confundo*, Claramercedes Arango M.
99. *Poemas para leer en el bus*, Rubén Darío Lotero
100. *Memoria del olvido*, Manuel Mejía Vallejo
101. *Vivo sin vivir en mí*, San Juan de la Cruz
102. *Soledades. Antología*, Antonio Machado
103. *La risa del saxo y otros poemas*, Fernando Linero
104. *Poesías*, Guillermo Valencia
105. *Me duele una mujer en todo el cuerpo I*, Antología femenina
106. *Me duele una mujer en todo el cuerpo II*, Antología femenina
107. *¿Cómo era, Dios mío, cómo era?*, Juan Ramón Jiménez
108. *Mordedura de tiempo*, María Ángeles Pérez López
109. *Poemas escogidos*, Rafael Maya
110. *Rimas escogidas*, Gustavo Adolfo Bécquer
111. *Con los que viajo, sueño. Antología (1978-2003)*, Víctor Gaviria
112. *Que muero porque no muero*, Santa Teresa de Jesús
113. *Festear la ausencia. Antología*, Beatriz Vanegas Athías
114. *Polvo serán, mas polvo enamorado. Antología poética*, Francisco de Quevedo
115. *Antología poética*, Carlos Arturo Torres
116. *Poner bellezas en mi entendimiento*, Sor Juana Inés de la Cruz
117. *Poesía Afro Colombiana 1849-1989*
118. *En un pastoral albergue. Antología poética*, Luis de Góngora
119. *Casa paterna. Antología poética 2003-2015*, Fátima Vélez Giraldo
120. *Antología poética de Nicolás Pinzón Warlosten y Santiago Pérez*
121. *Del dolor y la alegría*, Emilio Coco
122. *De acá y de allá. Antología*, Jesús Munárriz
123. *El gran amor. Poemas*, Cicerón Flórez Moya
124. *De noche un pájaro*, Miguel Andrés Tejada Sánchez
125. *Verde que te quiero verde. Antología poética*, Federico García Lorca
126. *Animal de oscuros apetitos. Antología personal*, Nelson Romero Guzmán
127. *Memoria lírica*, Eduardo Castillo
128. *Partículas. Antología*, Mauricio Guzmán
129. *Estoy en lo más profundo del abismo. Antología poética*, Jean-Arthur Rimbaud
130. *...Y el arroyuelo azul en la cabeza. Antología*, Eduardo Carranza
131. *Yo en el fondo del mar...*, Alfonsina Storni
132. *Mi corazón se desató en el viento. Antología*, Pablo Neruda
133. *El humo de la noche rodea mi casa*, Henry Alexander Gómez
134. *Romances del Río de Enero y otros poemas*, Alfonso Reyes
135. *Arde Babel*, Camila Charry Noguera
136. *Para llegar a este silencio*, Santiago Espinosa
137. *Cantos sueltos*, Giacomo Leopardi
138. *Una forma de orgullo. Antología*, Luis García Montero
139. *El amor se parece mucho a la tortura*, Charles Baudelaire
140. *El libro blanco de los muertos*, Álvaro Miranda
141. *El mundo por dentro. Antología*, Carlos Castro Saavedra
142. *Destino. Antología*, Jorge Galán



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en febrero de 2018

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel bulky de 60 gramos,
con un tiraje de
8.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem